

LAS dos palabras que leo y escucho con más frecuencia, desde hace un tiempo, son desencanto y nostalgia. Vienen inmersas en un contexto referencial, casi siempre directamente vinculado a una realidad precisa, polémica y discutible; sin embargo, la insistencia con que se usan me hablan de algo más, de un sentimiento que flota, neorromántico, en el ánimo de quienes vivimos y compartimos los avatares contemporáneos. La mayoría de los ensayos que podemos leer, de los análisis sociopolíticos, culturales, la mayoría de los mensajes que recibimos, tienen algo en común: una cierta atmósfera apocalíptica.

No se trata de los augurios de fin del mundo, de la consumación de los siglos, sino algo mucho más sutil, más delicado y evanescente: es el desencanto de los sistemas. El hombre (y todas esas olvidadas, ignoradas mujeres que atravesaron los siglos englobadas, sometidas bajo la denominación genérica de el hombre, o sea, la criatura humana) habitó el globo, hasta hace poco tiempo, protegido, amparado y abrigado por la omnivalencia de los grandes sistemas, ésos que podían explicarlo todo: desde el comportamiento de los astros y las estrellas al ciclo de las cosechas, desde el nacimiento a la muerte, desde los vientos y las sequías a la reproducción de los peces. Sistemas completos, cosmogonías donde todo estaba atado y bien atado, para decirlo con palabras de otro, por los siglos de los siglos, amén. Estos sistemas —como la filosofía cristiana, o el iluminismo— no sólo explicaban el funcionamiento del mundo en su totalidad, sino que, además, proveían de un cuerpo de normas de conducta, de pensamiento y de comportamiento, patrones, modelos que los mayores podían instrumentar, introyectar y luego legar como herencia, como patrimonio, a las generaciones siguientes. La hipocresía de muchos de esos sistemas no es ninguna novedad: lo cierto fue que proveyeron al hombre —anonadado por la fugacidad, deprimido por las contradicciones y angustiado por el problema de la trascendencia— de un cuerpo de ideas, de soluciones, de explicaciones que si por un lado fomentaron la intolerancia —especialmente la religiosa—, por otro le permitieron subsistir, a pesar de la incertidumbre. Los grandes sistemas tienen una característica, además: esporádicamente, pueden ser recompuestos, ajustados; siempre y cuando no se afecten sus principios fundamentales —los dogmas—, las nuevas ideas, los errores descubiertos y las invenciones son capitalizables: los incorpora, sin menoscabo. Pero el desarrollo de la técnica y de la ciencia, las nuevas formas sociales y los grandes conflictos de nuestro siglo han abatido lo que quedaba de los grandes sistemas. Estos han demostrado su incapacidad para abarcar la enorme complejidad de la realidad del hombre, y los procesos —tanto los históricos como los individuales— se escapan a sus análisis, evolucionan —o involucionan— según me-

canismos o dinámicas imprevistas. El desencanto y la nostalgia no es un fenómeno español, fruto de estos últimos tiempos; se corresponde, a nivel de los procesos de una civilización y de un modo de vida en el que España está incluida, con el desencanto y la nostalgia de un mundo en crisis, de una forma de vivir que ya no encuentra sistemas a los que aferrarse con total seguridad, ni explicaciones absolutas que sirvan para desterrar la angustia. El desencanto es el fruto del fracaso de los sistemas, y la nostalgia es nostalgia por una univocidad que el mundo perdió hace mucho tiempo, y ya no podemos ignorar.

Nuestro siglo ha fabricado sus propios sistemas y teorías, es cierto: el psicoanálisis, el marxismo, de una manera más modesta pero igualmente fervorosa, han querido derrotar al desencanto y a la nostalgia elaborando dogmas absolutos; los hombres nos hemos regocijado: como niños que necesitan tutores, hemos confiado una vez

más en que algún sistema puede devolver aquella seguridad perdida, aquella manera de vivir con certidumbres profundas. No hemos querido vivir sin alguna clase de fe, no por romanticismo, sino por conveniencia: bajo los sistemas es más fácil ampararse si se paga el precio de la ceguera y de la sordera. Ellos nos dan la vida ya interpretada y no es necesario que el hombre singular busque el sentido de su existencia: al nacer, lo hereda. Hasta el arte, que en algunos tiempos fue una manera mágica de acercarse a los dioses, de convocarlos o de neutralizarlos, debió sufrir su proceso de independencia y reconocer que, lejos de servir a los dioses, sirve a los hombres, y según las formas que éstos adoptan para relacionarse socialmente, a veces el arte está al servicio sólo de algunas clases, es decir, de unos pocos hombres. Pero el canto de cisne por la muerte de los sistemas —la crisis del marxismo y la crisis del psicoanálisis parecen ser la partida de delución del absoluto: habrá que rescatar lo útil de ambos e incorporarlos a corrientes de pensamiento menos dogmáticas, más amplias y por eso mismo más dialécticas— me parece que no debieran producir sólo nostalgia y desencanto. A la abolición de los sistemas no corresponde necesariamente el caos —pese al grito del joven Sartre, hace muchos años, a la muerte de Dios no le sucede necesariamente la muerte de los hombres que inventan dioses—. Es muy difícil vivir en permanente transición, y por eso se inquietan, se impacientan los más débiles espiritualmente: aquellos quienes sin la presión dogmática de un sistema se sienten desvalidos. Comprender que el estado de transición es la condición metafísica del hombre por excelencia nos ahorraría todos los precios que pagamos por certidumbres falsas, neuróticas y, finalmente, inservibles. En el fondo del desencanto y de la nostalgia por pasadas certezas —por encantos— se esconde el miedo a la libertad. ■

ADIOS A LOS SISTEMAS

CRISTINA PERI ROSSI

triumfo

DIRECTOR

José Angel Ezcurra

SUBDIRECTOR

Eduardo Haro Tecglen

JEFE DE REDACCION

Victor Márquez-Reviriego

REDACCION

Bernardo de Arribalaga ● Carmen Fernández-Ruiz ● Joaquín Rábago ● Cristina Rubio ● COLABORACION: Juan Aldeabárrán ● José Aumente ● Félix de Azúa ● Pablo Barbán ● Antonio Burgos ● M. Campo Vidal ● Silvestre Cedac ● P. Costa Morata ● Ramiro Cristóbal ● J. Cruz-Ruiz ● Ramón Fernández ● I. F. de Castro ● Carlos Fuentes ● Diego Galán ● J. L. García Delgado ● Gonzalo Goicoechea ● José A. Gómez Marín ● Fernando González ● Juan Goytisolo ● Eduardo de Gurmán ● E. Haro Ibars ● Juan A. Hormigón ● Fernando López-Agudín ● Diego A. Manrique ● Jaime Millás ● E. Mirat Magdalena ● Juan Mollá ● José Montiel ● J. M. Moreno Galván ● Cristina Peri Rossi ● Pezuelo ● Josep Ramoneda ● Ignacio Ramonet ● A. Ramos Espejo ● José Ramón Rubio ● Fernando Savater ● Julio Segura ● Joan Senent Josa ● Ignacio Sotelo ● Julia Uvalle ● Dr. J. A. Valtueña ● Rodrigo Vázquez-Prada ● Martín Vilamara ● J. Zamora Torres ● ILUSTRACIONES Y HUMOR: Faiffer ● Quino ● Ramón Sábido ● Zancorano ● SERVICIOS ESPECIALES: L'Espresso ● Le Nouvel Observateur ● Prensa Latina

DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castaño ● CONFECCION: Trinidad Castaño ● Luis M. Turmes ● FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez

EDITA

Prensa Periódica, S. A. Pl. Conde Valle Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: PRENSAPER. Télex: 43840 TRFO-E

GERENTE

Juan Carlos Aramburu

CONTABILIDAD: Carlos Utaed. EXPEDICION Y DIFUSION: Manuel Coustiago. SERVICIOS GENERALES: Araceli Ramiro. SUSCRIPCIONES: María José Urizama



PUBLICIDAD

REGIE PRENSA: Joaquín Moreno Lago. Rafael Herrera, 3. 1.º A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilio Becker. Paseo de Gracia, 101. Teléfono 218 78 46. BARCELONA-11

IMPRESION

Hauser y Menet, S. A. Plomo, 19. MADRID-5. Depósito Legal: M. 1.272-1958

DISTRIBUCION:

Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, Sociedad Anónima. Carretera de Irún, km. 13,350. Madrid-34.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1978. Prohibida la reproducción de textos, fotografías e dibujos si son citados su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no soliciten previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain.

PRECIO CANARIAS (servicio aéreo): 65 PTAS. EJEMPLARES ATRASADOS: 60 PTAS.